

Es menester que eso acabe. Es preciso que la mujer tenga conciencia de sí misma, que se avergüence de su estado actual y que se niegue a ser una muñeca lujosa o una doméstica y sobre todo una cosa apropiada. Urge que aprenda que no hay dignidad posible ni menos moralidad para un ser consciente, más que en la libertad, en la plena posesión de sí mismo; que quiera ser libre, y lo será. La mujer libre es una revolución en el mundo entero cuyas consecuencias son incalculables: es el fin de las religiones, que sólo por ella subsisten, y por ella dominan aún al niño y al hombre; es también el fin de la guerra, que detestan cordialmente las esposas y las madres, porque aquélla es asesina de

maridos y de hijos; la adaptación de la mujer a las tareas humildes de la servidumbre, ha producido algo bueno, le ha hecho perder los hábitos de la brutalidad, el gusto del asesinato. La mujer instruida, apoyada en la vida social, es un medio de pacificación y desarme mucho más eficaz que las mentidas palabras de los déspotas; es su completa dignificación, a la par que el fin del reino de la violencia y del sacrificio de los débiles por los fuertes; es el advenimiento de la verdad, de la belleza y de la justicia.

La mujer libre, es una humanidad nueva que surge y vive en la verdadera acepción de la idea de vida.

René Chaughi.

## ¿Egoísmo...?

Fragmentos inéditos de una novela costarricense, por C. González Rucavado

### III

Hundida en un mar de reflexiones quedó Marta, doliéndole que fuera su hermano el héroe de una acción que ella abominaba. Y como para su madre tenía el pecho de cristal, fue a buscarla y le refirió la escena que tuvo con Felicia, comentándola apesadumbrada. La señora escuchó, y sólo dijo con cierta curiosidad maliciosa:

—¿Qué piensas hacer?

—Interponer mis buenos oficios en favor de mi amiga hasta agotar los recursos.

—¿Y te oirá Luis...?

—No lo sé. Pienso que sí. Mientras viene estudiaré lo que debo decirle.

Luis llegó a las cinco de la tarde tremolando una carta y diciendo:

—Abrí el sobre porque trae mi dirección. Adivinen para quién es.

Ninguna le contestó, y él siguió de muy buen humor:—Es de Carlos, de nuestro amigo Carlos, y casi para

Marta; pero no la leeré sino hasta después de la comida.

—Haces mal en no entregarla a quien está destinada; dijo la madre en tono suave, pero de reconvención.

—Es para mí, contestó él.

—Mamá, si lo que quiere es meternos en curiosidad. Ahora verás: Bueno, pues, adivina quién estuvo aquí hoy.

—No sé, no puedo saberlo. ¿Quién?

—¡Ajá, ahora me toca a mí! A ver, mamá, ¿quién es más curioso, él o nosotras?

—Bah, si me interesa de veras, al fin habrás de decirme la persona que estuvo, sin que tenga que apurarme. En tanto que ustedes sí están ansiosas de leer la carta... Se les ve en la cara; y ya dije que no la enseño hasta después de la comida.

—Nada de ansiosas. Y para probártelo te diré el nombre de la persona que estuvo hoy aquí.

—¿Quién? Dí.

—Ya ves, el curioso eres tú.